



MALALA YOUSAFZAI

Ilustrado por KERASCOËT

Alianza editorial



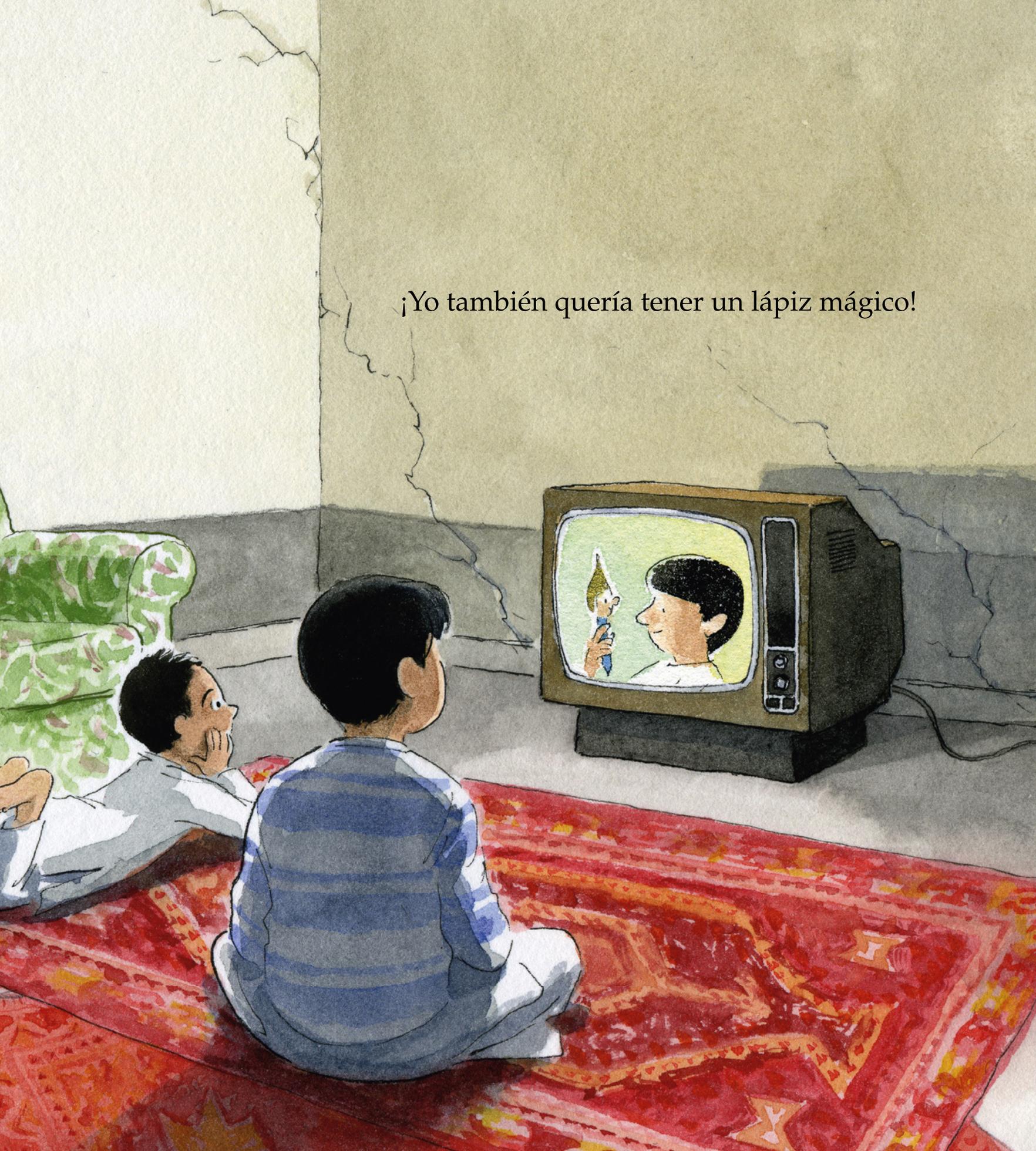
¿Crees en la magia?



Cuando era pequeña solía ver un programa de televisión sobre un niño que tenía un lápiz mágico. Si tenía hambre, dibujaba un cuenco de curry, y aparecía. Si él y sus amigos estaban en peligro, dibujaba un policía. Era un pequeño héroe que siempre protegía a quienes lo necesitaban.



¡Yo también quería tener un lápiz mágico!



Si tuviera un lápiz mágico, lo usaría para...



... poner un pestillo en mi puerta;
así mis hermanos no podrían
molestarme.



.... detener el tiempo para
dormir una hora más cada mañana.



... borrar el olor del basurero
que había cerca de nuestra casa.

Y lo utilizaría para hacer felices a otras personas.

Dibujaría...



... los vestidos más bonitos del mundo para mi madre.



... los mejores edificios del valle para mi padre, de manera que pudiese abrir muchas escuelas en las que los niños estudiaran sin tener que pagar.



... una buena pelota, para que mis hermanos no tuvieran que jugar con un calcetín viejo relleno de basura.

Cada noche, antes de acostarme,
pedía que se me concediera un
lápiz mágico.



Y cada mañana miraba en el cajón
de mi mesilla al despertarme.

Pero el lápiz mágico nunca estaba allí.

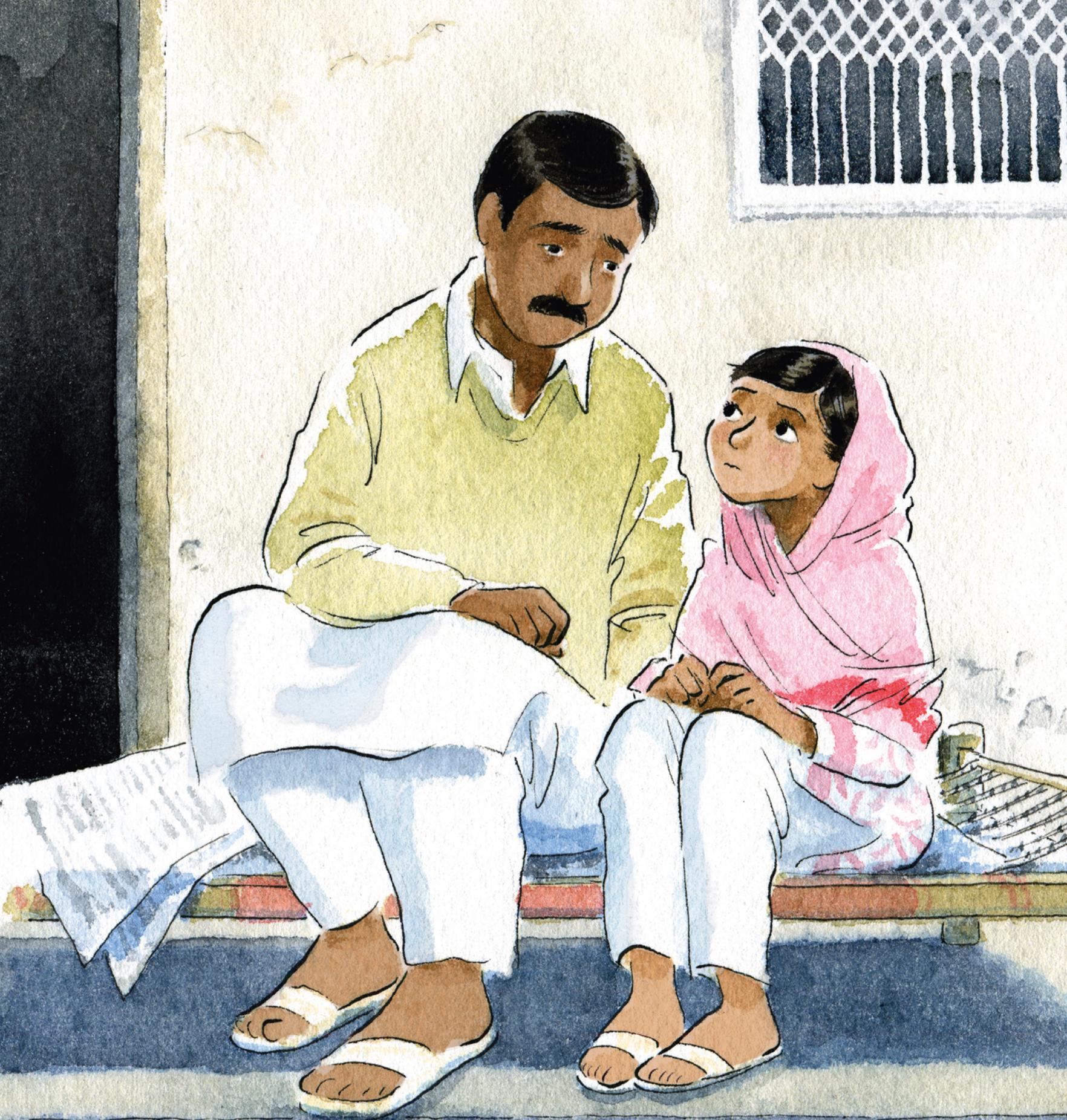


Un día, fui al basurero a tirar restos de verduras y cascarones de huevos. Arrugué la nariz mientras me acercaba, apartando las moscas y teniendo cuidado de no pisar nada sucio con mis bonitos zapatos. Entonces vi a una niña de mi edad clasificando la basura en montones.





Cerca, unos niños buscaban restos de metal
con imanes sujetos con cuerdas.





Cuando mi padre regresó a casa del trabajo,
le conté lo que había visto. Le entristeció.

—¿*Aba*? —dije.

—¿*Sí, jani*? —respondió. Siempre me gustaba
cuando me llamaba «cariño».

—¿Por qué no está esa niña en mi clase?

—Porque... —empezó a decir, pero tardó en poder
acabar la frase—. Porque, *jani*, en nuestro país no
todo el mundo puede mandar a sus hijas a la escuela.
Y algunos niños deben trabajar para ayudar a su
familia. Estos niños venden los restos de metal que
encuentran. Si fueran al colegio, sus familias pasarían
hambre.

La escuela era el sitio que más me gustaba. Pero
nunca me había considerado afortunada por poder ir.



Mi padre siempre había dicho: «Malala será libre como un pájaro».

Ahora me preguntaba cómo podría ser verdaderamente libre.

